

EGLOGAS

ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Compuso el autor las dos siguientes EGLOGAS siendo muy joven, cuando por lo mismo aún no podía poseer todos aquellos conocimientos que se requieren en este ramo de la poesía. Así lo expresó en un cuaderno escrito de su puño, donde dice: "Que no las extraña de ese lugar, porque no escribía para el público; sino para los amigos privados." Sepa también el lector, que la formación de ellas fué obra de poquísimos tiempo.

EGLOGA PRIMERA

EL AMANTE MAS FIEL DE LOS PASTORES

DEDICATORIA.

A tí, con quien mi amor en algún día
De mi albogue al compás triste cantaba,
Y tu voz sus cadencias alternaba,
Cual eco que mis ayes repetía:

A tí, que de mis penas la porfía
Por la estrecha amistad que nos ligaba,
De suerte el corazón te traspasaba,
Que la llorabas tuya, siendo mía:

A tí, Berardo, á tí justo es resuelva
Dedicar este afán, corto servicio,
Porque así á respirar contigo vuelva:

Acepta, pues, de amor el sacrificio
En versos que las ninfas de la selva
Escucharon de Mopso y de Fenicio.

EGLOGA

EGLOGA PRIMERA

POLTA, MOPSO FENICIO.

POETA.

Ya las nocturnas aves

Del monte horrorizaban la espesura
Con sus lamentos graves,
Y el negro velo de la noche oscura
Bajando de la lóbrega montaña
Se extendía á la rústica cabana:

Chamlo Fenicio herido
Del acerbo dolor que le atormenta,
Del mal entretejido
Albergue pastoral triste se ausenta,
Para dar sin medida á su quebranto
El infeliz consuelo de su llanto.

Un cayado grosero
Su débil contestura sustentaba,
El rostro lastimero
Sobre el cansado pecho reclinaba,
Y hacia al suelo doblando su estatura,
Un espectáculo era de ternura.

En traza tan penosa
Poco á poco los pasos dirigía
A la montaña umbrosa,
Y en llegando á su espesa serranía,
De esta suerte, sentándose en un tronco,
Desató de su voz el eco ronco.

FENICIO.

¡Oh noche, á mi tristeza acomodada!
¡Asilo de mi grande sentimiento!
A tu silencio sólo revelada
La causa puede ser de mi tormento:
Diga pues mi dolor la voz cansada,
Y salga de este pecho el mal que siento:
Siendo testigos las montañas rudas,
Las peñas sordas, y las selvas mudas.

Que aunque siempre serán quejas en vano,
Pues mi alma ¡ay de mí! no tiene cura;
No sé qué de consuelo el pecho humano
Siente con expresar lo que le apura:
Hable pues de mi dueño que tirano
Mi pena, mi dolor, mi mal procura:
De Doris, sí, de Doris tanta mengua
Que siente el corazón diga la lengua.

¡Qué motivo ¡ay dolor! ingrata fiera,
Pudo dar ocasión á tal desvío,
Que ofendiendo mi amor y fe sincera
Sujetas á otro amante tu albedrío?

¿Por ventura no soy el que antes era?
¿Pues cómo ya te enfada el amor mío?
¿Cómo así con tan súbita mudanza
Muere tu amor, acaba mi esperanza?

¿A dónde está el amor y la fe pura
Que en aras de tu pecho me juraste?
¿A dónde retiraste mi ventura,
Y de mí tan cruelmente la apartaste?
¿A dónde mi regalo y mi dulzura,
Y en ellos mi alma y vida te llevaste?
¿A dónde? ¿á dónde, dí, Doris, á dónde
Tanto bien ¡ay de mí! tu mal me esconde?

¿Con que llegó por fin tu atrevimiento,
Sin alma, sin razón, sin fe, sin juicio,
• A quebrantar el mutuo juramento
Con que al amor hicimos sacrificio?
Más que fiera con tal procedimiento
Te acreditas ¡ay Doris! con Fenicio:
Más que fiera.... sí, Doris, ¿quién creyera?
¡Ay Doris, Doris.... Doris más que fiera!

¿Qué traición! ¡qué rigor! ¡qué alevosía,
Ofendiendo mi amor, es la que has hecho!
Pues cuando el daño menos precavía,
Porque estaba, aunque mal, muy satisfecho,
Le robaste el contento á la alma mía.
Dándole á otro pastor su fácil pecho:
Más allá de la negra infamia toca
Lo alevoso de tu hecho, y acción loca.

¿Quién creyera que ingrata me pagaras
Con tanta falsedad, tanta vileza,

Los tiernos holocaustos que á tus aras
Ofrecía cuotidianos mi fineza?
¡Oh si tu culpa á conocer llegaras!
Quizá mirando entonces tu bajeza,
Por no manifestar perdido el juicio,
Amaras como de antes á Fenicio.

Mas si apartado estoy de tu memoria,
Y por otro llegaste á mal quererme,
¿Cuándo podré gozar mi antigua gloria?
¿Cuándo podré en tus ojos complacerme?
¿Cuándo podré de amor cantar victoria?
¿Cuándo en tus dulces brazos podré verme?
¿Cuándo podré? ¡ay de mí! no tienen cuando
Los regalos de amor que estoy llorando.

¡Ay! que de rabia y cólera reviento,
Mirándome por otro desdeñado:
El corazón del fiero sentimiento
Parte á parte le tengo traspasado:
Desmáyase el valor y el sufrimiento:
Y del remedio ya desesperado,
Para aplacar un tanto mis enojos,
Lloran hasta cegar mis tristes ojos.

POETA.

Aquí quedóse mudo,
Porque el dolor el pecho le oprimía:
Y cuando ya no pudo
Con la lengua explicarse, se valía
De los ojos, que son más elocuentes
En idiomas de lágrimas corrientes.

Del tiempo la balanza
Ya con iguales horas se movía,
Y sin tener mudanza
En sus lágrimas tristes, parecía
Que para dar alivio á sus enojos
El alma liquidaba por los ojos.

Cuando á breves instantes,
Como el cielo de nubes revistiese
Sus antorchas flamantes,
Y sus faldas el monte estremeciese
De los horrendos truenos al amago,
Esperando en sus troncos el estrago:

Como enojado el viento
Corriese por la sierra, despojando
De su hojoso ornamento
A las plantas con que iba tropezando;
Y quedase aquel sitio de tal modo,
Que infundiendo pavor estaba todo:

Enjugando su llanto,
A la rotura de una bruta peña
Retiróse entre tanto
El cielo daba de sereno seña,
Que ya, según lo mucho que llovía,
En agua al parecer se deshacía.

Con quietud procuraba
Mitigar por entonces sus congojas,
Y la noche pasaba
En el lecho fatal de ásperas hojas,
Dando alivio á sus ojos entre tanto
Que volvía de nuevo al triste llanto.

En fin, ya el claro día
Daba para llegar pasos violentos,
Y puesto en armonía
El curso de los bravos elementos,
Se asomaba la aurora á su ventana
Alegrando la cándida mañana.

Entonces la caverna
El infeliz pastor desamparaba,
Y á tierra más interna
Sus trabajados pies enderezaba;
Cuando Mopso saliéndole al camino,
Los pasos le estorbó de su destino.

Era éste un ganadero
De distinta cabaña, que había sido
Su amado compañero
En otro tiempo, porque habían vivido,
Teniendo sus albergues inmediatos,
Probando su amistad con fieles tratos.

Después que se apagaron
Algunas afectuosas expresiones
Que siempre acostumbraron
Los amigos en tales ocasiones,
A la sombra de un roble se acogieron,
Y principio á su plática pusieron.

FENICIO.

¿Qué fin de tu cabaña te ha sacado
Quieres decirme, amigo el más querido?

MOPSO.

Dorisa, la zagala á quien he dado
Por justo premio el corazón rendido.

FENICIO.

Dichoso aquel amante que pagado
Vive, sin las ofensas del olvido;
No así yo, Mopso: escucha de mi historia
Mil cosas que enternecen mi memoria.

A tiempo que sus bodas celebraban
Dos amantes dichosos cierto día,
A los campos me fui donde se hallaban
Con música expresando su alegría.
Acerquéme curioso á donde estaban
Las zagalas, y aun no bien recorría
La vista desgraciada, cuando luego
Cual con la luz del sol me quedé ciego.

Era Doris, la misma que al instante
En su mirar risueño prometía
Ternura á mi cariño titubeante
Que mi rendido pecho le ofrecía:
Entonces parecióme que de amante
Venturoso la suerte me sería;
Pues saliendo á mis labios mil arrojos,
Se asomaban afectos á sus ojos.

Dieron fin á la fiesta los pastores,
Y acompañarla ofrezco hasta su casa;

Mas temiendo del vulgo los rumores,
En admitir la oferta anduvo escasa:
No juzgué sus reflejas inferiores,
Como que sé lo que en el mundo pasa;
Y así me despedí tocando ufano
Albos jazmines de su blanca mano.

A mi albergue me fui, y aunque pudiera
Facilitar consuelos la esperanza,
El corazón se abrasa, y una hoguera
En suspiros de amor afuera lanza:
La deidad de la noche en su carrera
Soñolienta pasaba con tardanza:
Pero habiendo llegado el claro día,
A la casa de Doris me partía.

De nuevo me enardezco, y cuando intento
Aliviar con su vista mi quebranto,
Los incendios de amor hallan fomento,
Y los deseos crecen otro tanto:
Freno pongo á cualquier atrevimiento
Temiendo un disfavor; mas entre tanto
No dejaba el amor de hacer conquista,
Ya que no con la boca, con la vista.

Repito mis visitas obsequioso:
Y cual sollado en la campaña instruido
Ya se muestra cobarde, ya animoso,
Ya triunfante en la lid, ó ya vencido:
De la misma manera cauteloso,
Me hago ya despreciado, ó ya querido:
Oportuna materia para luego
A la mina de amor prenderle fuego.

En este aunque amoroso, triste estado
Sujeto del honor á la cadena,
En la cárcel del pecho aprisionado
Lamentaba el amor su dura pena.
Diez palacios había el sol dorado,
Y la luna se vió diez veces llena,
Sin que diese por tímida la boca,
Libertad á pasión que en muerte toca.

Hasta que en fin, instable la fortuna,
O la misma desgracia cautelosa,
Dispúsome ocasión tan oportuna
Que me fuera el callar sensible cosa:
No corrió con más fuerza fuente alguna,
Cuando rompe los diques impetuosa,
Después de largo tiempo aprisionada,
Que mi alma al expresarse apasionada.

Díjela pues, del mal que adolecía
Con vivas y eficaces expresiones:
Y á la de amor continua batería
El muro se rindió de sus razones.
Conquistado el respeto en aquel día
Unimos nuestros tiernos corazones,
Y dándonos recíprocos abrazos
Fueron nudos estrechos nuestros brazos.

Vigilante el amor, nuevo cuidado
En adelante puso á su belleza:
Y era tanto mayor que en lo pasado
Cuanto hasta entonces fué más su fineza:
Igualmente oficioso que elevado
En empeños de toda su terneza

Mis manos la servían, cuando á sus soles
Eran siempre mis ojos girasoles.

Desde luego su afecto me obligaba,
Y como ya otra Doris parecía,
El obsequio futuro anticipaba
Cuando algunos presentes le servía:
Unas veces de un modo le expresaba,
Y otras de otro el amor que le tenía:
Acciones con que suelen los amantes
Obligar á sus dueños á constantes.

Luego que por abril las blandas flores
El abundoso campo se vestía,
A ejemplo de los más tiernos pastores
Las guirnaldas más bellas le tejía:
Pretendían acaso mis amores
Agitados á impulsos de alegría,
Que cuando al campo su hermosura fuera
La adorara la misma primavera.

El otoño conforme se asomaba,
Y sazónados frutos ofrecía,
Las primicias más gratas le llevaba
Que el cultivado soto producía.
Parece que mi amor sólo cuidaba
De ver cómo á su Doris complacía,
Pues aun en tiempos menos liberales
Mis oficios se vieron siempre iguales.

Desde luego en naciendo el corderillo
Más hermoso y galán por sus colores,
Purificando en aguas de tomillo
Y en otros aromáticos licores,

Coronado del más tierno ramillo,
Y salpicado bien de nuevas flores
A sus aras llevaba en sacrificio
Del amor y la fe de su Fenicio.

Ocasión no faltó en que mis desvelos,
Haciéndose enemigos de las aves,
Cogiesen de sus nidos los polluelos
Que diesen á mi Doris cantos suaves:
Industriosos acaso mis anhelos,
Pues querían tal vez que en tonos graves
Y dulces, de la música del alba
También hicieran á mi Doris salva.

Así el tiempo pasaba, y sin las guerras
De celos se gloriaban mis amores:
Tres veces el verano en nuestras tierras
Coronado salió de nuevas flores;
Y otras tantas los montes y las sierras
Lloraron del invierno los rigores;
Sin que alterase el mar de mis dulzuras
Ni el aire de ligeras desventuras.

Pero vino ¡oh dolor! ¡triste memoria!
Otro tiempo en que todo se perdiera,
Tiempo en que diera fin toda mi gloria,
Tiempo en que todo mal en mí se viera.
¡Oh tiempo en que el laurel de mi victoria
Secóse sin que yo lo mereciera!
¡Oh tiempo! tiempo, en que quedó triunfante
Otro, si más feliz, menos amante!

Entonces, Mopso, cuando está más viva
La llama de mi amor, cuando más fuerte

Agita el alma, de mi bien me priva
Cruel influjo de mi mala suerte:
Y entonces ¡ay de mí! Doris esquiva,
Parece que en mi ausencia ve mi muerte,
Pues violando el amor y la fe pura
Mancha con otro dueño su hermosura.

Cuando perdida advierto yo su gracia,
Y el rigor á que ingrata me condena:
Y veo de mi amor la ineficacia,
Y en otro brazos la contemplo agena,
Crece tanto el dolor de mi desgracia,
Y de su ingratitud la grave pena,
Que levanto la voz de mis querellas
Hasta herir esa bóveda de estrellas.

Sí, Mopso, cuando yo su mal recuerdo,
Cual por el monte fiera embravecida,
Las plantas trozo, los peñascos muerdo,
Procurando acabar mi amarga vida:
Me falta la razón, el juicio pierdo:
Y enferma el alma con mortal herida,
No sé como despojo de mi saña
No encuentro mi sepulero en la montaña.

Plugüera al cielo que de sus enojos
(Antes que de mi Doris las estrellas
Hubiera visto de sus negros ojos)
Me hubiesen abrasado las centellas:
Pues ahora que contemplo los despojos
Que el amor me ofreció en sus luces bellas
Tan sin remedio en otro dueño, quedo....
Quedo.... como explicarte yo no puedo.

MOPSO.

Hazte, Fenicio amigo, hazte violencia
Para romper los lazos amorosos:
A tu ayuda se mira ya la ausencia
Después de largos tiempos perezosos:
Pon tu afición en otra, y la experiencia
Efectos te hará ver maravillosos:
Estos son contra amor seguros medios,
Y de su mal los únicos remedios.

FENICIO.

De mi pecho confieso que debiera
Arrancar su retrato soberano;
Pero helara la alegre primavera,
Floreciera el invierno triste y cano,
Esta montaña abajo se viniera,
Igualando sus cumbres con el llano,
Antes que, de mi agravio satisfecho,
Sacara su retrato de mi pecho.

Tu consejo, no hay duda, atiendo grato:
Mas quererlo llevar á buen efecto
Es imposible, Mopso, y así trato
Acabar á los yerros de mi afecto:
Bruto soy en querer á un dueño ingrato,
Aunque como hombre culpo su defecto:
Mas adorando á Doris, no disputo
Sobre si bien soy hombre, ó bien soy bruto.

MOPSO.

Fuerza será dejarte en tu locura
Cuando el tirano amor te tiene ciego:

No tienes ¡ay de tí! no tienes cura,
A mi consejo opuesto, y á mi ruego:
Mas si algo te merece mi ternura
A mi cabaña ven conmigo luego.

FENICIO.

Cuanto fuere tu gusto á mi alma pide;
Menos el que de Doris cruel se olvide.

Que aunque me aviente la fortuna airada
A la región ardiente, ó á la fría,
Y la esperanza llore retirada
De volverla á gozar en algún día,
En mi memoria siempre colocada
El ídolo será de la alma mía:
Así Doris verás por mis amores
"El amante más fiel de los pastores."

POETA.

La carroza dorada
Del inflamado intrépido Faetonte
Rodaba acelerada
Tras de las cumbres del soberbio monte,
Sepultando sus rayos carmesíes
Entre nubes de rosas y alelíes:

Cuando los dos zagales,
Dejando del desierto la aspereza,
Sus amorosos males
Cantaban por alivio á su tristeza:
Costumbre muy antigua en los pastores
En triste soledad cantar amores.

Al albergue llegaron
Habiéndose ocultado el febeo coche
Entre las que bajaron
Obscuras sombras de la negra noche,
Y entonces cada cual se recogía
En su pajizo lecho hasta otro día.

EGLOGA SEGUNDA

LA PASTORA MAS FIEL DE LA CABAÑA

DEDICATORIA.

Fileno, sabio pastor,
Si á tí se quejó algún día,
Como sé, la Doris mía,
De que olvidaba su amor:
Oye en mi voz su dolor;
Mas sin hacer de esto juicio,
Pues si del triste Fenicio
Llega á tí la voz confusa,
Es, porque quiere mi musa
Hacerte algún sacrificio.

ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Para poner de algún modo intervalo á las tristezas de la vida, nos propusimos tres amigos el asunto de una EGLOGA que expresara los sentimientos de una mujer celosa. Yo, que con bastantes motivos juzgaba á cierta dama, bajo el nombre de Doris, con achaques de esta pasión, produje la siguiente piecicilla, que viene á ser como una respuesta de mi EGLOGA anterior.

EGLOGA

POETA, DORIS, FILOMENA

POETA.

Cuando en el horizonte
Apagada la luz, la noche daba,
Para salir del monte,
Acelerados vuelos, y entonaba
Su precursora tropa tristes ecos
Sobre rudos peñascos, troncos secos:

Doris, la zagaleja,
Encanto de los rústicos pastores,
De su casa se aleja
Llorando á Fenicio los rigores,
Sin tener de su llanto lastimoso
Más testigo que el bosque silencioso.

A la margen se sienta
De un arroyuelo, músico del prado,
Y á su compás atenta,
De congojas el pecho traspasado,
El silencio rompió, dando á los vientos
Estos de su dolor tristes acentos:

DORIS.

Aquí la vez primera
Fenicio me ofreció tiernos amores;

Y aquí la vez postrera
Ha de ser de mi vida y sus rigores:
Que este lugar destina la cruel suerte
Por teatro de mi vida, y de mi muerte.

Vosotras, flores bellas,
Que de Fenicio vísteis las caricias,
Y vosotras, estrellas,
Que envidiásteis acaso mis delicias.
¿No os mueve á compasión tan cruel mudanza
Que acaba con su amor y mi esperanza?

Fenicio, ya estés ahora
Ofreciendo tu afecto en los altares
De otra incauta pastora,
O ya estés entonándole cantares,
Después de haber llevado sus ovejas;
Como quiera que estés, oye mis quejas.

Si á tan mortal olvido
Habías de condenarme, ¿por qué, fiero,
Mostrándote rendido
Me ofreciste un amor tan disonjero?
O si es verdad que entonces me querías,
¿Dónde está aquel amor que me decías?

Luego ya por ingrato
Desde hoy en adelante he de tenerte,
Pues tu engañoso trato
No me dicta juzgarte de otra suerte:
Mas ¿qué satisfacción, qué recompensa
Puede ser de mi mal y de tu ofensa?

Si mientras ofendida
Yo te culpo de infiel, tú en otro empeño
Acabas con mi vida,
¿Cómo será posible, ingrato dueño,
Que de mi antigua paz la dulce calma
Vuelva á la posesión de toda mi alma?

No, Fenicio, no es dable
Que de mi pecho arranque los recelos,
Con que se hace implacable
La guerra cruda de continuos celos:
Yo me siento morir, si de mis males
No se duelen los dioses celestiales.

¡Cuánto mejor me estaba
No haber correspondido á las finezas
Con que me señalaba
Otro tiempo tu amor entre bellezas!
Quizá no echara menos la alma mía
El sosiego que tuvo en algún día.

¡Oh tiempo venturoso
Antes que yo á Fenicio conociera!
¡Tiempo! ¡tiempo dichoso
Que me vefa con cara placentera,
Cuando de aquel arroyo en las orillas
Triscaba con las otras pastorcillas!

Mas hoy aprisionado
Mi desgraciado amor se llora ciego;
Y en un mar alterado
Bebiendo sin cesar olas de fuego

Naufraga la razón: ¡cuánto perjuicio
El engaño me trajo de Fenicio!

¡Oh vosotras, deidades,
Que cuidáis de estos páramos sombríos,
Y de estas soledades
Dedicados tenéis los sacros ríos,
Si os mueven mi dolor y mis pesares,
Sacrificio seré á vuestros altares.

Vosotras, sí, por quienes
Tantas veces Fenicio me juraba
Sus afectuosos bienes,
Mirad que vuestro honor se menoscaba,
Si de mi triste voz las grandes quejas
No mueven á piedad vuestras orejas.

Y pues que de Fenicio
Contra vos se declaran las ofensas,
Recóbrese mi juicio,
Que el ingrato tendrá las recompensas
En celestiales iras. Entre tanto
Calme el dolor, enjúguese mi llanto.

Mas ¡ay! almas deidades,
Suspended vuestro brazo vengativo;
Ni mis penalidades
De su desgracia sean triste motivo;
Mas antes pague yo vuestros enojos,
Y vuelvan á llorar mis turbios ojos.

POETA.

Aquí la voz doliente
Con los tiernos suspiros se embargaba:

Pero el llanto elocuente
Que en sus mejillas rojas derramaba,
Para afear de Fenicio los agravios,
Hizo las veces de sus bellos labios.

Clamorosos gemidos
Y lastimosos ayes traspasaban,
Por el aire impelidos,
Las débiles paredes que formaban
Una cercana choza en que vivía
La amiga más discreta que tenía

Esta era Filomena,
Con quien había otras veces conferido
La causa de su pena,
Y la que habiendo el eco conocido
De su amiga, dejó la dulce cama,
Llevada del acento que la llama.

Presa la halló en los lazos
De un violento desmayo, por el suelo:
Tómala entre sus brazos,
Y procurando darle algún consuelo,
Después que ya del éxtasis volvía,
Así con blandas voces le decía:

FILOMENA.

¿Hasta cuándo tus ojos
Dejarán de llorar, Doris querida,
Los injustos enojos
Con que Fenicio cruel te tiene herida?
¿Hasta cuándo tendrán con tus lamentos
Lúgubres quejas los sonoros vientos?

No hay hora en que con llanto
No des de tu dolor amargas señas,
Moviendo tal quebranto,
Que parece lo sienten aun las peñas:
No hay hora en que no suene tu amargura
Sea del día claro, ó de la noche obscura.

Si esa corriente fuera
De modo que á Fenicio caminara,
No era mucho corriera
Llevándole las rosas de tu cara:
Esperas tal vez su afecto entonces,
Si hay lágrimas que ablanden á los bronces.

Pero si la fortuna
Descamina tu voz, y nada medras,
Tu querella importuna
Quedará sepultada entre estas piedras,
Mientras que en otras aras tu Fenicio
Consuma de su amor el sacrificio.

DORIS.

Nada menos, amiga,
Que á los oídos de un pérfido me queje,
Y que ruegos le diga,
Para que vuelva á mí, cuando á otra deje:
De ninguna manera, porque haría
Su dureza mayor la queja mía.

FILOMENA.

¿Luego sin esperanza
Lamentas, maltratando tu hermosura

De que tendrá mudanza
Tu desgraciado amor, tu desventura?
¡Qué poco juicio! ¡ay Doris! acreditas
En tiempo que mejor lo necesitas!

DORIS.

Sin esperanza lloro,
Es cierto, de ser ya dueño absoluto
De lo que más adoro;
Mas cuando al suelo lágrimas tributo,
Discurro ¡ay triste! que en remedios tales
Una parte desahogo de mis males.

FILOMENA.

Llora pues, Doris mía;
Pero treguas permite á tus querellas:
Acuérdate del día
En que dando tu sol sus luces bellas,
Alegrabas los rústicos pastores
Como el alba á los dulces raiseñores.

Acuérdate de cuando
Despidiéndote Amor doradas flechas,
Las ibas rechazando
Y caían á tus pies luego deshechas:
Victorias que te hacían en la cabaña
Honos, como á Diana en la montaña.

Y acuérdate de aquellos
Alegres tiempos, cuando en la floresta,

De ramos los más bellos,
Pasando los ardores de la siesta,
Con coronas cantábamos y palmas
La dulce libertad de nuestras almas.

DORIS.

Antes con la memoria
De mi pasado bien, mi mal se aumenta,
Y perdida mi gloria,
Un infierno á los ojos se presenta.
¿Quién, Filomena amiga, quién pensara
Que mi gloria en infierno se trocara?

FILOMENA.

Si de las sugeriones
Del amor en el pecho de quien ama
No triunfan las razones,
Emprendo inútil apagar tu llama;
Pero ya es hora de buscar sosiego
En nuestras dulces camas.

DORIS.

Vamos luego.

POETA.

Con amorosas quejas,
Al juntarse la noche con el día,
Las tristes zagalejas,
Por temor de la luz que la alba envía,
Se despidieron dándose un abrazo,
Poniendo para verse corto plazo.